

Del Natá Histórico, hacia el Natá de la Esperanza

Por: Ana María del C. Arosemena Tapia

Hace 496 años se observaba en la Ciudad de Natá de los Caballeros un hermoso Villorrio Indígena, baluarte de la prosperidad y ejemplo de una organización social cimentada en una cultura que ha identificado la majestuosidad e importancia de esta región histórica. Mensaje este, que nos permite traer a colación el pensamiento autorizado de la Doctora Reina Torres de Araúz, quien en una de sus obras nos expresó: “Los documentos que en su momento se mencionarán demuestran claramente la importancia que como ciudad, lo mismo que en cuanto a población, tenía Natá en épocas prehispánicas. La arqueología coclesana ha comprobado igualmente, la grandiosidad de la cultura que debió vivirse en ella” (Dra. Reina Torres de Araúz - 1972). Región exponente de la cultura indígena regentada en esa época por el Cacique Natá o Nató, el cual es descrito por los historiadores como un personaje más intelectual que guerrero, hombre de gran hidalguía y astucia, diplomático y hospitalario. Estas características engañaron y confundieron a Gonzalo De Badajoz, quien había llegado a esos Villorrios Indígenas, como bien señala Don Rubén Darío Carles, porque se le comunicó “a Badajoz que a la distancia de pocas jornadas extendía sus dominios el Cacique Natá, gran Señor de estas tierras que disponía de valientes guerreros lo que mantenía en vasallaje a las tribus circunvecinas”. (Rubén Darío Carles - 1977). De igual forma, para esa época se distinguían como iconos de la región: la prosperidad de sus tierras y la riqueza de sus tesoros, bienes que motivaban la presencia española. El trazado urbanístico de esta Ciudad Indígena, también representó su esencia cultural, tanto es así que el Historiador Natariego Profesor Hildebrando Arturo Luna Rosas en uno de sus escritos expone: “El conquistador español no hizo más que establecer en el sitio de la Ciudad Indígena, a la Ciudad Española, con su trazado ideal, de plaza central, Iglesia y Cabildo en torno a la misma”. Hecho histórico que se patentiza con la fundación de la Colonial Ciudad de Natá el 20 de mayo de 1522.

No se imaginan ustedes la información que existe y que pudiese seguir enriqueciendo esta reflexión que me he propuesto en esta plática con la historia, imaginando también cual sería la belleza del paisaje natural de esos Villorrios y cuanto hubiesen inspirados a los mejores retratistas de la plástica y del sentimiento humano. Pero esta semblanza histórica que hemos recogido del pensamiento vivo de nuestros orígenes nos facilita hilvanar esos hechos con el Natá de nuestros sueños y la realidad de los desafíos que nos enfrentan y los retos que nos imponemos, para seguir manteniendo la esperanza del Natá del Siglo XXI.

A pesar de nuestras adversidades, emulamos nuestra hidalguía y orgullo de ser Natariegos y Natariegas cuando nos unimos para rescatar y mantener los símbolos que distinguen nuestro Patrimonio Cultural y nos identifican como hitos del paisaje histórico de Hispanoamérica. Símbolos que el Dios Supremo ha querido que estén unidos a los principios y valores de la fe Cristiana representados en la imponente Basílica Menor Santiago Apóstol, como homenaje a ese hermano y compañero de Jesús que en su Carta Bíblica y con su voz de trueno nos dejó “una enseñanza moral muy valiosa y muy actual, sobre todo en lo que toca a la justicia”. (Biblia - Latinoamericana. 1972). Pero también tenemos como patrimonio cultural la humildad y sencillez de la Capilla San Juan de Dios erigida en homenaje a ese Santo: Ejemplo de Caridad y Misericordia. La sencillez y la humildad de su hogar permitían percibir un ambiente en donde “la Paz y la Virtud eran el símbolo de la riqueza”. Por ello cuando el 8 de marzo de 1550, el Señor lo llama a la vida eterna, la Iglesia siente que se pierde al Sembrador de Caridad, pero que se gana en el Cielo al Abogado y Defensor de los Pobres”. Cuando el Papa Alejandro VII, inscribe al Glorioso San Juan de Dios en el Catálogo de los Santos, el Conde Almeida expresó: “Realmente Juan, si en la tierra se perdiera la caridad, la encontraríamos en ti y en tu obra”. Ante la dignidad de estos símbolos que identifican nuestros orígenes y que hacen que nos unamos para mantenerlos y conservarlos como Monumentos y Patrimonios Nacionales, nos quedan muchos retos que asumir, para demostrar que tenemos una juventud y una comunidad con vida suficiente para abrazar con fe y coraje la justicia y Sabiduría de Santiago Apóstol y la Humildad y Misericordia de San Juan de Dios.

Que hermoso es escuchar en esta Patria Chica de la Esperanza, que el trino de las aves se acompaña con las cuerdas de violines y guitarras interpretadas magistralmente por Niños y Jóvenes Natariegos tan orgullosos de su sabiduría y de su capacidad musical, que hacen vibrar de esos instrumentos la mejor expresión del amor y del sentimiento de los autores literarios de su obra musical. Estos niños y jóvenes que también nos deleitan con sus alegres tambores, dejando atrás el toque de llanto de los tambores de antaño, para unir ese nuevo sentimiento musical, a los clarines, trompetas y trombones de una sinfonía juvenil que nos permita competir con la sinfonía hermosa de la naturaleza y poder ofrecer como un regalo especial de la Juventud Natariega, los mejores laureles de nuestro arte musical y de nuestro empeño, por ser testimonio de una historia, por sentirnos también, orgullosos de nuestro desempeño exitoso como profesionales y por la vocación de servicio, pero sobre todo, por ser buen ejemplo de hijos e hijas de Natá de los Caballeros.

Ojala existan muchas Fundaciones Natá de los Caballeros, pero que, con la visión del Siglo XXI, preserven nuestros orígenes, cultura y patrimonio, orientándonos siempre hacia el Natá de la Esperanza.

Ana María del C. Arosemena Tapia